



Arthur C. Clarke, entre la técnica y la mística

Arthur C. Clarke: between technology and mystique

■ José Luis González Quirós

■ Arthur C. Clarke (1917-2008) pertenece a una rara estirpe de escritores (rarísima entre hispanos, si no es que inexistente, pero también escasa en el ámbito anglosajón), capaces de aunar una fuerte capacidad de fabulación con una importante vocación, digamos, teórica. Si a eso añadimos que fue siempre un hombre mucho más interesado en cuestiones metafísicas y cosmológicas que en escenarios sentimentales, se verá con facilidad que pertenece a una especie anómala de escritores que tan sólo abunda relativamente entre los que han cultivado lo que se suele conocer como ciencia ficción.

De cualquier modo, a diferencia, también, de lo común en esa clase específica de narradores, Clarke fue un auténtico científico aficionado, es decir no un académico o un investigador de oficio, pero sí una persona siempre atenta a cuanto pudiera venir de esos medios, alguien que espera alguna clase de iluminación decisiva de las pesquisas de la ciencia. Me parece que esa es su grandeza y que también habrían de residir ahí las limitaciones que se le pudieran imputar. Creo que, en este aspecto, y para encontrar un paralelo entre escritores españoles, nos podríamos referir a Baroja, también un narrador maravilloso y un hombre preocupado por comprender lo que nos pudiera enseñar la ciencia, aunque, a diferencia de Baroja, Clarke profesaba un optimismo de fondo que a Baroja, que nunca se habría perdido entre las estrellas, seguramente le hubiera hecho sonreír.

Sir Arthur Charles Clarke, murió el pasado 19 de marzo y había nacido en Inglaterra (Somerset) el 16 de diciembre de 1917. Desde su juventud fue un lector apasionado de los *pulp* de ciencia ficción que le llegaban de Estados Unidos y frecuentó la lectura de autores como Julio Verne y su compatriota H. G. Wells, cuya anticipación de las posibilidades de una red mundial de información basada en archivos compartidos es mucho menos conocida que los pronósticos de Clarke, aunque también se afirma que un

El autor desempeña su labor de investigación como científico titular del Instituto de Filosofía del CCHS-CSIC de Madrid.

relato de 1964 del propio Clarke, *Dial F for Frankenstein*, le sirvió a Tim Berners-Lee de inspiración para poner en marcha la World Wide Web en 1989.

En su juventud, Clarke no se limitaba a leer: a la edad de trece años construyó un telescopio con el que pudo dibujar, por ejemplo, un mapa de la Luna bastante detallado. Entre 1941 y 1945 sirvió en la Royal Air Force como especialista de radar, una tecnología recién nacida y entonces en pleno desarrollo, lo que seguramente estimuló su enorme interés en las posibilidades de las telecomunicaciones. Un escrito suyo de 1945 se suele considerar como una de las primeras apuestas por la posibilidad de usar satélites artificiales como instrumentos en las telecomunicaciones terrestres. En esa misma época escribió y publicó sus primeros relatos de ciencia ficción. Arthur C. Clarke escribió cerca de cien libros y más de mil cuentos y ensayos breves durante sesenta años, lo que da muestra de una enorme fecundidad y de una gran capacidad de trabajo.

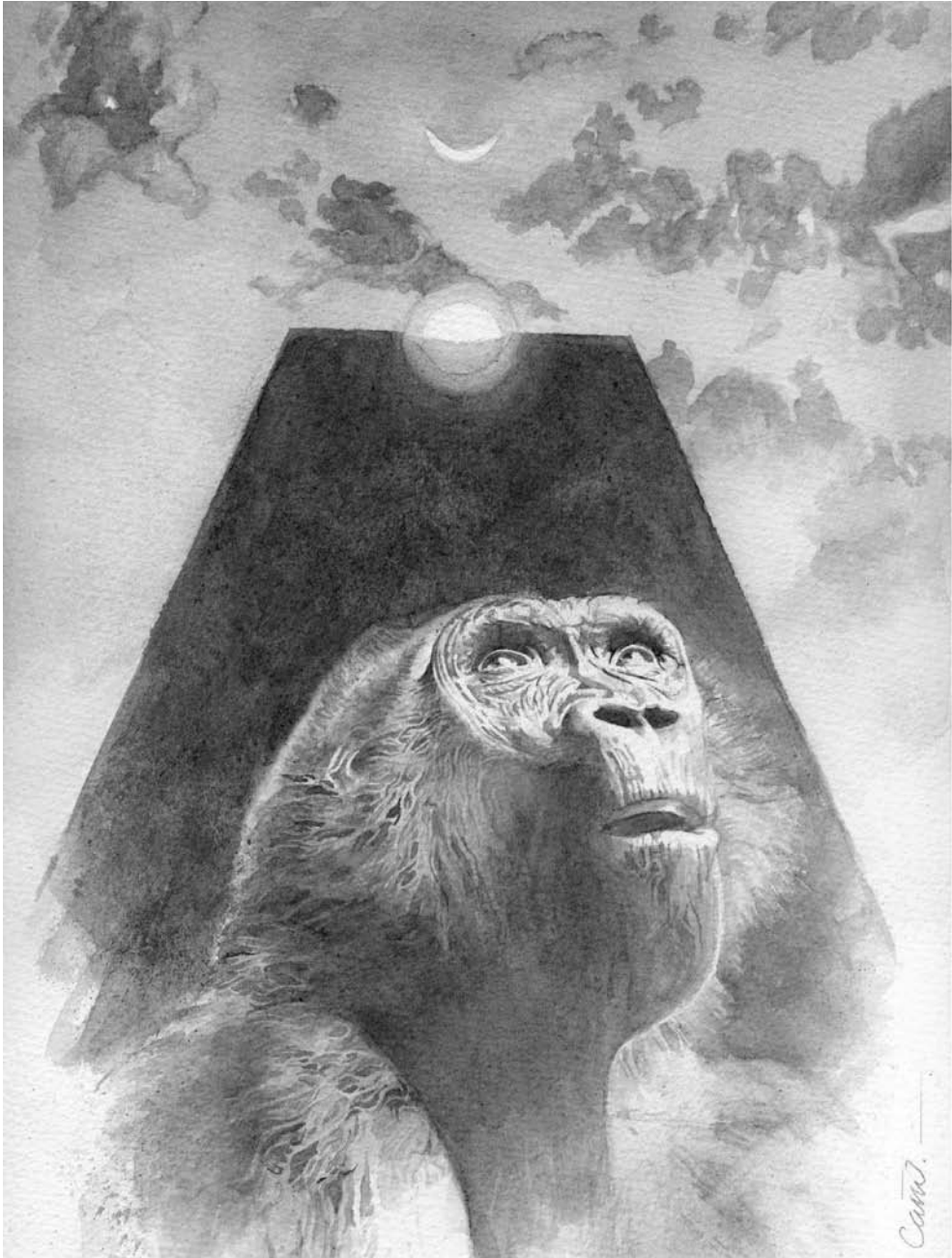
Los títulos que le han dado mayor fama son *2001, una Odisea espacial* (Plaza y Janés, 1974 y numerosas ediciones posteriores), *Cita en Rama* (Edhasa, 2006), y *Las fuentes del Paraíso* (Ultramar, 1989). En 1999 (St. Martin's Press, New York) se publicó *Greetings, Carbon based Biped!* que es una colección de sus principales ensayos desde 1942 hasta 1999.

Como a tantos otros autores del siglo pasado, la fama universal le llegó a partir de la pantalla, gracias a *2001*, la película de Stanley Kubrick (*2001, una Odisea del espacio*, según el título con el que se exhibió en España), con quien había escrito el guión, una fama que se acrecentó tras la emisión de una serie de documentales dedicados a la divulgación por la BBC, *Arthur Clarke's Mysterious World*. En 1956 se fue a vivir a Ceylán, pues allí podía poner en práctica con mayor facilidad la inmersión en los mundos submarinos que también le interesaron siempre. Siguió residiendo en Ceylán hasta su muerte, aunque conservando siempre la nacionalidad británica.

En 1986 le diagnosticaron en un hospital de Londres que las dificultades que estaba experimentando para caminar se debían a un problema neuromotor conocido como enfermedad de Lou Gehrig que apenas le iba a dejar otros cinco años de vida; Clarke volvió a Ceylán decidido a desmentir el diagnóstico y a someterse a una fisioterapia rigurosa que pareció mejorarle; afortunadamente, un año después, los médicos del John Hopkins le diagnosticaron algo más benigno (el síndrome pospolio recientemente descubierto por entonces) que le liberaba del pronóstico mortal y le permitiría vivir veinte años más, aunque, desde los años noventa, tuviese que hacerlo en silla de ruedas.

Su obra ha sido muy premiada y bien reconocida; muchas de sus novelas han obtenido una gran variedad de premios y ha sido traducido a numerosísimas lenguas. En 1996 la International Astronomical Union bautizó con el nombre del escritor al asteroide de 4923. En 1998 fue nombrado Sir por la reina de Inglaterra y en el año 2003 científicos de la Universidad australiana de Monash pusieron el nombre de *Serendipaceratops arthurclarkei* a una nueva especie de dinosaurios.

Pocos días antes de morir, Clarke repasó su último manuscrito, un relato de ciencia ficción redactado en colaboración con Frederik Pohl, otro de los grandes del género, titulado *The Last Theorem* y cuya aparición estaba prevista para finales de 2008.



Alegoría de 2001: Odisea en el espacio (acuarela de Ángel Caño).

Aunque ha sido, sobre todo, un gran narrador, su fama más específica le llegó, tal vez, por su notable capacidad de predicción, es decir por su calidad como divulgador científico y por su atrevimiento para sugerir cambios en el futuro, alguno de los cuales se ha hecho realidad en forma más o menos similar a lo previsto por nuestro autor. Clarke era muy consciente de que el oficio de profeta es extremadamente arriesgado (“Pophecy is a dangerous and thankless bussines, frequently fatal for those who practice it”), pero su optimismo en relación con la fecundidad intelectual de la ciencia y de la tecnología le impulsaban a imaginar, entre otras cosas porque esa imaginación puede ser un fecundo catalizador de los avances del saber.

Asimov le consideraba el más atinado de los adivinos del futuro y Kubrik, algo más esceptico, escribió que Clarke se las arreglaba para manejar bien el admirable deseo humano de saber cosas que nunca podremos saber. En 1999 se atrevió a escribir una historia resumida del siglo XXI; estos fueron algunos de sus pronósticos hasta la fecha: 2002, el primer reactor nuclear limpio y seguro estará en el mercado; 2003, la industria del automóvil se dará cinco años para prescindir por completo de los combustibles fósiles; 2004, se reconoce públicamente la realización con éxito del primer clon humano; 2006, se cierra la última mina de carbón. Su profecía para 2009 es un tanto peligrosa, pero ciertamente optimista: explotará una bomba atómica en un arsenal de una ciudad del tercer mundo, pero, después de un breve debate en las Naciones Unidas, se aprobará la destrucción completa del arsenal nuclear. Veremos.

En cualquier caso, Clarke sabía que su función como escritor no era la profecía, sino, si acaso, lo contrario, poner a los hombres en el camino de evitar algunos de los males que anunciaba, de manera que no puede considerarse un fracaso que no dispongamos de un computador como HAL, el coprotagonista del viaje espacial de *2001*, una máquina que, descontenta con el rendimiento humano, comunicó a su interlocutor que lo lamentaba, pero en lo sucesivo iba a atenerse a sus propias decisiones. Como dijo en cierta ocasión: “We science-fiction writers never attempt to predict. In fact, it’s the exact opposite. As my friend Ray Bradbury said, ‘we do this not to predict the future but to prevent it’”.

No es posible ser un gran novelista sin afrontar cuestiones muy de fondo, quedándose sólo en la peripecia. El gran tema de sus novelas es la búsqueda de un sentido espiritual para la existencia humana y su gran esperanza es que el hombre pueda ir más allá de sí mismo, una evolución difícilmente explicable en términos puramente naturales que Clarke trató de simbolizar en el extraño monolito que Kubrik inmortalizó en imágenes fascinantes montadas sobre la música de Strauss.

Clarke basaba su optimismo en el conocimiento y, en este sentido, era un socrático, pero su idea del conocimiento tendía a reducirse de una manera muy estrecha a la tecnología, a la invención. No es que no apreciase la ciencia teórica, pero su consideración era de tipo utilitarista; valoraba, por ejemplo, lo que la matemática podía hacernos mejorar en nuestras capacidades de cálculo y también el placer que nos produce su invención, pero no era partidario de dejarse llevar por filosofías: su reino era de este mun-



Arthur C. Clarke en su despacho (2005).

do, concreto, visible, inmediato y, por ello, en ocasiones, un tanto ingenuo y plano.

Si se buscan en sus obras referencias a filósofos, de hoy o de ayer, no se encuentran con facilidad, pese a que se asomó a muchos temas que hubiesen requerido algo de contención y algunas dudas de principio. Ciertamente, tampoco era un teórico, pero se enfrentó a cuestiones que habrían requerido matices más de fondo que los aducidos en sus trabajos. Desde el punto de vista teórico, se limitó a ser un empirista totalmente escéptico sobre la posibilidad de que se pueda ir más allá en ciertas cuestiones. Tal vez por eso su posición sobre algunos temas, por ejemplo, sobre la religión, fue bastante endeble, aunque en este asunto, en particular, su decisión personal sobre

la forma de celebración de sus funerales fue muy explícita: quiso que fuese estrictamente privado y completamente ajeno a cualquier tipo de connotación religiosa.

Freeman J. Dyson, un físico con mayor preparación académica y mayores ambiciones filosóficas que Clarke, y al que nuestro autor estimaba muchísimo, sostiene que en la historia del pensamiento hay dos grandes familias teóricas, los *unificadores*, que siguen la estela de Descartes; y la de los *diversificadores*, que se apoyan, más bien, en Bacon, la tradición teórica *ateniense* y la tradición práctica de los caldereros y artesanos, esto es, de aquellos que con su ingenio mecánico y su capacidad de innovar han sido capaces de impulsar el conocimiento sin complicarse en las grandes cuestiones. Aunque Clarke no pueda ser considerado sin exageración un científico, su espíritu es claramente el de esta segunda progenie, cualidad que se deja ver también en sus relatos, sobrios, llenos de imaginación pero concretos, precisos. Clarke confiaba, por encima de todo, en la capacidad de descubrir de que ha venido dando muestras la especie humana, pero se sentía lleno de dudas cuando, consciente como era de la pequeñez de nuestra especie, de nuestras limitaciones sensoriales, de nuestra soledad aparente en un espacio infinito y en un tiempo incontable, se enfrentaba a preguntas para las que

no hay respuesta inmediata. Su báculo lo constituía entonces la esperanza, la convicción de que algo se podría saber más o menos de manera inmediata, de que la nueva generación podría llegar a saber cosas que a nosotros se nos ocultan. No cabe duda de que una vida relativamente larga le habrá enseñado que esa clase de respuestas casi siempre llegan más tarde de lo que se espera y que, además, vienen, cuando parece que van a llegar, envueltas en preguntas aún más peliagudas, precisamente porque nos permiten ver con claridad que las viejas preguntas son como inacabables muñecas rusas.

Clarke puso esperanzas, por ejemplo, en la psicología de lo paranormal y, poco después de la guerra contra el nazismo, confiaba con la mentalidad de un ilustrado del siglo XVIII en que las ideas morales avanzasen al tiempo que lo hiciesen las ciencias y las tecnologías disponibles. Como, ciertamente, ese no ha sido el caso, dio en pensar que las religiones podrían ser las causantes de ese desfase histórico. Se trata de una idea que hoy día goza de cierto predicamento, aunque no fue demasiado explícito sobre sus razones para sostenerla. Clarke fue, como nos pasa de una u otra manera a todos, relativamente dependiente de posiciones a la moda en muchos asuntos sobre los que no tenía una competencia específica; la relativa claridad y celeridad con la que se resuelven los pleitos, incluso históricos, en la ciencia y en el desarrollo tecnológico no siempre se obtiene en asuntos menos claros como los que tienen que ver con la religión, con la moral o con las pugnas políticas.

Su posición con respecto a la religión fue extraordinariamente oscilante. Si se tuviese que hacer un resumen de este asunto tal vez se podría decir que empezó por reconocer a las religiones su valor estético y moral sin concederles nada en el orden intelectual (la teología está, en cualquier caso, en el extremo contrario del espectro respecto a la ciencia ficción, aunque aquí tal vez pudiera decirse aquello de que los extremos se tocan) y terminó por negar también que las religiones tuviesen un balance moral positivo que ofrecer a la humanidad. Una de sus citas que se han hecho famosas, se refiere justamente a este punto: "The greatest tragedy in mankind's entire history may be the hijacking of morality by religion".

No podemos pedirle a un narrador la consistencia intelectual que se puede demandar a un filósofo o a un académico: su obra narrativa muestra frecuentemente cierto asombro frente a lo absoluto; cierta fascinación por la cercanía que se siente hacia las emociones religiosas cuando se está lejos del mundanal ruido, cuando se contempla el infinito del espacio o el infinito de la complejidad microfísica. Pero el Clarke pensador estuvo siempre poseído por la idea un poco ingenua de que la ciencia desvelaría esos misterios hasta mostrar que, en realidad, no son nada.

Hay una frase del filósofo Henri Bergson que dice respecto del universo que es una máquina para hacer dioses, una idea que en Bergson subraya la cercanía mística entre la naturaleza y la divinidad y que podría no estar demasiado lejos de algunas de las cosas que, en determinados pasajes de su obra, parece sugerir Clarke, aunque sus declaraciones al respecto en la introducción a uno de sus últimos episodios de *Mysterious World*, titulado *Cielos extraños*, suena algo más frívolamente: "I sometimes think

that the universe is a machine designed for the perpetual astonishment of astronomers.”

Me parece que lo mejor del espíritu de Clarke está en su apuesta decidida por la invención y su optimismo sobre los beneficios sociales de los diferentes inventos. Como Dyson, creía que la afición y el entusiasmo es el motor más eficaz del desarrollo tecnológico, de la invención y, también como Dyson, era partidario de que los investigadores pudieran embarcarse en pequeños planes susceptibles de fracaso porque sólo esa libertad les podría garantizar, aunque no siempre, desde luego, el éxito. Clarke defendió los efectos positivos del despliegue universal de las tecnologías de la información denunciando el catastrofismo de quienes se oponen a su desarrollo con razones inspiradas en la desconfianza y el temor a la confusión. Tampoco simpatizaba con los malos augurios de los que pretendían parar el progreso tecnológico con el argumento del calentamiento global.

Clarke era muy consciente de que la tecnología podía confundirse con la magia, pero sabía que su fundamento está en el conocimiento, no en la superchería; era consciente de que vivimos en una época en la que a un experto que afirma cualquier cosa siempre se le puede oponer otro igualmente experto para afirmar la contraria; pero no tenía ningún miedo a los efectos de esa dificultad sobreañadida, porque le parecía que la polución informativa siempre sería preferible a la ausencia o a las restricciones y manipulaciones políticas de la información. Frente a las críticas de tantos intelectuales exquisitos, siempre defendió los valores que, por ejemplo, se han podido generalizar gracias a la televisión que, en su opinión, ha hecho más que nadie por la unión de las distintas partes del mundo.

Clarke se identificaba como un hombre con varias vidas simultáneas y compatibles: la de escritor, la de explorador del mundo submarino, la de promotor de la exploración y utilización del espacio y la de divulgador científico, pero quería ser recordado, sobre todo, como escritor, como una persona capaz de entretener a sus lectores y, con suerte, de servir de ayuda para que puedan ensanchar su imaginación. Creo que este será, efectivamente, su legado más duradero.

Clarke distinguía con toda nitidez la información, el conocimiento y la sabiduría y sabía que la información es el primer paso, pero siempre hace falta ir más allá. Creo que eso es lo que ha querido decirnos con el epitafio que encargó y que expresa su ideal de humanidad: “He never grew up; but he never stopped growing”.